



EL AUTOR

ANTONI PITXOT

PINTOR Y FIEL AMIGO

DESCENDIENTE DE UNA FAMILIA DE ARTISTAS, EL CREADOR HA SIDO UNA DE LAS PERSONAS MÁS CERCANAS A SALVADOR DALÍ DESDE LOS AÑOS SETENTA HASTA LA MUERTE DEL GENIAL AMPURDANÉS EN 1989

Marie-Claire Uberquoi

Sin afán de exagerar podríamos decir que la relación de Antoni Pitxot con Salvador Dalí se inició incluso antes de que viniera al mundo. Desde varias generaciones, las dos familias mantenían relaciones de amistad tanto en Figueras como en Cadaqués, donde solían pasar los veranos. Es allí, en una hermosa casa junto al mar que pertenece a su familia desde finales del siglo XIX, donde Antoni Pitxot pinta con singular obstinación sus cuadros de piedras del cabo

Antoni Pitxot posa en su estudio de Cadaqués. Abajo, el libro de Boccioni que le regaló Dalí. Fotos: Edi Kelele.

de Creus, mientras sigue rigiendo los destinos de la Fundació Gala-Salvador Dalí, fiel a la voluntad del maestro de Portlligat.

“Todo empezó con el padre de Dalí, que era muy amigo de mi tío, Pepito Pichot. En honor a esta amistad decidió instalar su notaría en Figueras para estar cerca de su mejor compañero de estudios. Mi familia tiene una larga tradición artística. Mi padre Ricardo era violonchelista y mi tío Ramón Pichot un destacado pintor impresionista. De niño Dalí pasaba largas temporadas en el Molí de la Torre, una propiedad de la familia. En la habitación donde dormía, había un cuadro con un collage de mi-

ca realizado por mi tío Ramón. Un día se quedó mirándolo en el momento en que la luz del sol brillaba sobre el fragmento de mica, y Dalí que apenas tenía diez años, creyó que era un milagro. Posteriormente dijo que fue entonces cuando ‘sentí por primera vez la trascendencia del arte’”.

En su taller lleno de maniqués de piedras de Cadaqués, Antoni Pitxot conserva algunos testimonios que evocan la influencia de su tío Ramón sobre el aprendizaje artístico de Dalí. “Este libro, *Pittura Scultura Futurista* de Umberto Boccioni, se





lo trajo mi tío a Dalí desde París. Fue su primer contacto con el futurismo; y años más tarde el propio Dalí me lo regaló a mí. Contiene anotaciones de su mano y lo incluiremos en la exposición del Reina Sofía”.

Nacido en 1934 en Figueres, Antoni Pitxot ha tenido el privilegio de ser una persona muy cercana al artista ampurdanés, y no solo por las circunstancias familiares sino también porque el azar de la vida contribuyó a reforzar esta relación entre ambos artistas. “Cuando estaba en el instituto en San Sebastián, tuve como profesor de dibujo a Juan Núñez Fernández, el mismo que treinta años antes instruía a Dalí en Figueres. Era como algo del destino, ¿no cree? Aquel maestro siempre nos hablaba del cuadro de Rembrandt *El buey desollado*, que consideraba la pintura más importante del Louvre. El propio Dalí me recordaba a menudo este episodio y la verdad es que él volvía siempre al Louvre para ver la tela de Rembrandt, además de *La encajera* de Vermeer, que tanto le fascinaba”, nos explica.

Aunque admite que su inclinación artística la lleva en los genes, Antoni Pitxot confiesa que la enseñanza de aquel profesor alentó su vocación. A los quince años decidió ser pintor y abandonó definitivamente los estudios. “Mi padre lo entendió enseguida y me dio total libertad para dedicarme al arte. No frecuenté ninguna academia, pero muy pronto tuve la suerte de exponer en España y en Portugal”. Sus primeros cuadros, fundamentalmente retratos y paisajes, se caracterizaban por un estilo figurativo, muy diferente de su trabajo actual.

A mediados de los años sesenta Antoni Pitxot se trasladó a Cadaqués, a la misma casa donde hoy continúa pintando y observando desde su ventana el mar y la silueta del cabo de Creus, aquella “geología ca-



O.J.D.: 14479
 E.G.M.: 82000
 Tarifa: 26790 €
 Área: 1658 cm2 - 282%

DESCUBRIR EL ARTE

Fecha: 01/04/2013
 Sección: ARTE
 Páginas: 112-114



EL AUTOR



El taller de Antoni Pitxot está lleno de maniqués, realizados con piedras de Cadaqués, que más tarde son plasmados sobre el lienzo.

Pero a partir de ese momento nuestra relación se intensificó. Me nombró director de su teatro-museo y decidió dedicar toda una planta a mis obras. Me dio entera libertad y únicamente diseñó la entrada. Tengo aquí el dibujo original con la boca del monstruo de Bomarzo en forma de puerta”.

Fue una colaboración muy intensa. En el taller hay una fotografía de Dalí y Pitxot sentados en una sala del museo, que da fe de su complicidad y buen entendimiento. “Durante muchos años, tres veces por semana veníamos a trabajar al museo, porque para Dalí era la última gran obra de su vida. Incluso realizamos conjuntamente la instalación de los monstruos del patio interior. Dalí me explicaba lo que quería y yo lo interpretaba”.

Gala venía al museo como espectadora, cuando Dalí le invitaba a descubrir sus últimas intervenciones, “*mes nouveautés*”, le decía en francés. “Al principio ella me miraba con recelo pero pronto entendió que era la única persona en la que Dalí confiaba. A finales de los setenta, cuando Dalí estaba muy deprimido, Gala vino a mi taller a quejarse y a pedirme consejo”, recuerda.

Durante los nueve últimos años de la vida de Dalí, Antoni Pitxot lo visitaba cada tarde. “Consciente de su decadencia física, estaba muy angustiado por la muerte. Aun así conseguí que pintara algunos cuadros después de la desaparición de Gala en 1982. Me hablaba de libros, de Velázquez... Al final, cuando me iba por la noche, siempre tenía que ponerle la música de *Tristán e Isolda* de Wagner. Y entonces me decía: ‘No te vayas, hasta que llegue Tristán...’”. **T**



tastrófica”, como la definió Dalí. “Desde hace cuarenta años mi pintura –nos dice– es fruto de la contemplación; porque la observación de todas estas piedras estimula mi imaginación y me permite crear obras antropomórficas, reflejo de mi particular visión de la realidad”.

Mediante la acumulación de piedras que encuentra en una cala cercana a su estudio –aunque precisa que “son las piedras las que le encuentran a él”–, construye unas extrañas esculturas, que le sirven para elaborar luego sus complejas pinturas. “Son modelos efíme-

ros que desaparecerán con mi muerte”, explica. En el taller vislumbramos una maternidad y un poco más allá se perfila el rostro de un personaje enigmático. En el caballete reposa un cuadro impactante, recién adquirido por la Fundación Vila Casas. Titulada *El violonchelista, la memoria y la melancolía*; esta tela tiene una composición sorprendente y surreal con alusiones a su padre músico y a do-

ña Leocadia, la compañera de Goya. Un mundo singular el suyo, que despertó el interés de Dalí, intrigado por el carácter insólito de sus imágenes. “Dotado de una inteligencia fuera de serie, Dalí lo contemplaba todo como un gran *voyeur*”, continúa Antoni Pitxot. Le conoció a finales de los sesenta cuando, como cada verano, Dalí invitaba a su familia al estudio de Portlligat para enseñarles sus últimas pinturas. “Un año o dos después, vino a mi taller y al salir le dijo a mi tía ‘Es el Opus Dei de la pintura’. Todavía nos preguntamos lo que quiso decir...